

Prosapia

de nuestras fiestas

Las cofradías daimieleñas son muy antiguas. La tradición asegura que nuestras hermandades fueron fundadas en el siglo XIII o antes. En aquel tiempo, cruzaba un río por Daimiel.

Hay en nuestra ciudad dos instituciones de gran valimiento: las cofradías y los gremios. Es probable que tengan un origen común, que les deparrara una fisonomía indeleble. Los menestrales del tiempo de la fundación, los artesanos de hoy y los cofrades de siempre constituyen, humanamente, un modelo inmutable. Su personalidad, en tantas generaciones, apenas ha sufrido alteración. Se han modificado las costumbres, el medio, la sociedad... pero la manera de ser del artesano y del cofrade daimieleño, y sus cualidades, permanecen incólumes.

Aquéllos que fundaron las cofradías, ésos que las mantuvieron y éstos que ratifican la continuidad de su existencia han tenido un firme sustentáculo: la familia; más concretamente, la familia cristiana. Este ha sido el núcleo imperecedero —gérmen de todas las virtudes del pueblo español— que ha ofrecido, a través de los siglos, cofrades para las luminarias y penitentes para las procesiones. Cuando en Daimiel ha fallado la potestad pública, la familia ha mante-

nido el fuero de la caridad, la fuerza de la esperanza y el poder de la fe. Las cofradías son hoy paradigma honorable, porque la institución familiar tomó de ellas el fin y les entregó el fundamento.

El éxito de la Semana Santa daimieleña no radica en la fastuosidad de las procesiones. Los actos de nuestra semana mayor, con ser magníficos y solemnes, se ofrecen, más que a la vista, a la contemplación intelectual. La Semana Santa de Daimiel tiene algo íntimo; su espíritu, su fuerza, su aliento: el alma. Y en el alma sólo se penetra con el alma también.

Ya no salen las procesiones de San Juan, ni de Santa Quiteria, ni de la ermita de la Vera Cruz. Ahora no van los «coloraos» por la orilla del río para reunirse con sus pasos; el río no existe. Pero las escenas son las mismas, con las mismas escenas de la Pasión. Estampas distintas e idénticas escenas; en los cabildos, en las procesiones... y en las familias.

Debemos alegrarnos de cómo son nuestras fiestas de la Semana Santa.

Ricardo Ibáñez Gerez